

NOTICIARIO TEATRAL

POMPAS FUNEBRES.

"LA FIACCOLA SOTTO IL MOGGIO", tragedia en dos tiempos de Gabrielle D'Annunzio. Dirección de Giorgio De Lullo. Escenario y vestuario de Pier Luigi Pizzi.

Los aplausos que ayer coronaron la representación dannunziana, no sonaban a muerto, como tampoco tuvieron ese sonido sepulcral los que hace un tiempo acompañaron a esta obra cuando los aficionados la presentaron en la misma sala. Forzoso es comprobar, como punto de partida, que para una buena parte de nuestro público D'Annunzio no está muerto. Quienes habíamos cantado victoria considerando que sobre él había caído la lápida definitiva del tiempo pasado, deberemos ser más cautos en nuestro regocijo, y más severos en el examen de esta obra.

Dice el Evangelio que "no se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, mas sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en casa". D'Annunzio, aquí y en el resto de su teatro, incluso en "La figlia di Iorio", puso la lámpara debajo del almud, y gozó con esta oscuridad voluntaria y aparatosa a que condenaba a los hombres. Todo lo que hay de arrogante, de espectacular, de tristemente vengativo, en su arte, queda representado en esta lámpara escondida, en esta peripecia vana de su personaje. Conste que no estoy pensando en su vida fútil y también ignominiosa, sino exclusivamente en el teatro que escribió a partir de su encuentro con la Duse. Con él asistimos a la consumación más huera del simbolismo europeo: alcanza su apogeo un esteticismo insustancial, cuya temperatura emotiva es producto de un sensualismo que se sabe estéril y condenado de antemano. Por eso su arte nos suena hoy a falso, a innumerables palabras melódicas que no pueden decir nada porque se agotan en la simple enunciación. No hay aquí seres humanos que viven: hay fantasmas que la sensualidad carnaliza fugazmente, y que deshace velozmente el odio. Y no hay nada que dar a los demás, ni siquiera la angustia, como descubrieron sus herederos, ya que no la vida. Su hinchazón llena de ocasionales riquezas poéticas y de extravíos temáticos, evoca las más cargadas pompas funerales. Este abigarramiento sólo esconde la muerte.

También está dicho en el Evangelio que no hay que dejar a los muertos enterrar a los muertos. Pero, como ocurre dentro de su propio teatro donde la única vida auténtica procede de los cadáveres mal inhumados, pasa también que no está cerrada definitivamente la causa dannunziana y los vivos debemos ocuparnos de él. Por todo esto, parece incomprendible la incorporación de la pieza al repertorio de "los jóvenes". El hecho de que la hayan preparado para la gira sudamericana parecería mostrar que su inclusión obedece a otras razones que no las artísticas.

La puesta en escena de esta obra tuvo algo de vergonzante, y también de híbrido. Se pretendió depurarla de sus excesos, transformarla casi en un oratorio pagano, subrayando lo que en ella evoca la tragedia de los Atridas. Fue así que se levantó el telón sobre un escenario esquemático, austero y vago como de palacio incorpóreo, y que se comenzó la representación en el tono monótono y solemne de pesadilla reiterada. Un juego muy simple de movimientos, un hieratismo que buscó sin exceso los cuadros plásticos, una dicción en forma de melopea lírica, pretendió expresar la atmósfera oprimente de la tragedia. Lo logró por momentos, pero no pudo someter a este criterio el desborde pasional del texto dannunziano, y los cuatro finales de actos fueron declamados en la mejor tradición operística.

Los actores se movieron por debajo de D'Annunzio con cierta incomodidad, y no rindieron lo que podía esperarse de ellos: el Simonetto de Di Lullo resultó bastante más mayor de lo necesario y su estallido del acto tercero simplemente gritado. Rosella Falk dijo con austeridad monotonía su difícil papel, al que dotó de grandeza. La actuación más ajustada pareció la de Italia Marchesini, justa y sugerente en voz y emoción.